

DE LA MEMORIA

signos

Katherine Hite

Pedagogía crítica,
perturbación empática,
y la política de los
encuentros en los
espacios de memoria
en Chile

SERIE IDEAS

COLECCIÓN **SIGNOS DE LA MEMORIA**

2016

Pedagogía crítica,
perturbación
empática, y la política
de los encuentros
en los espacios de
memoria en Chile

Katherine Hite

COLECCIÓN **SIGNOS DE LA MEMORIA**

2016

Índice

Presentación	07
---------------------	----

Valentina Infante

Pedagogía crítica, perturbación empática, y la política de los encuentros en los espacios de memoria en Chile	15
--	----

Katerine Hite

Presentación

Valentina Infante¹

Katherine Hite irrumpe nuevamente en el campo académico y en la disciplina de los estudios de memoria con un planteamiento innovador y que significa un aporte indiscutible a la investigación de los usos de la memoria en el presente: la “perturbación empática” (*Empathic Unsettlement*) en museos y memoriales asociados a traumas históricos, y la relación entre guías y visitantes. La perturbación empática es un concepto que se aplica a museos, memoriales o símbolos que son movilizadas, hoy en día, como espacios para el *nunca más* de las violaciones a los derechos humanos. En estos espacios, los visitantes buscan encontrar los

sentidos no sólo de la historia reciente – muchas veces traumática – sino también el sentido del presente, de las violaciones a los derechos humanos hoy en día, del valor del diálogo, y del respeto irrestricto del ‘otro’. La perturbación empática es, en ese sentido, ese ‘valor agregado’ de nuestra relación con los sitios de la memoria y que, a pesar de que nos duele, incomoda y desajusta, también remece los horizontes de nuestra reflexión para llevarnos al cuestionamiento crítico de la realidad y de nuestra posición como seres humanos enfrentados a un mundo violento. En palabras de la autora, la perturbación empática es “ese terreno tanto cognitivo como emocional que se mueve entre la implicación y la ruptura (...), una dinámica entre la transmisión y la recepción de la memoria que nos sacude, nos incomoda, nos frustra, nos perturba, y nos reformula de manera productiva”.

Esta “reformulación” es lo que nos lleva a reflexionar sobre nuestra propia responsabilidad, nuestro deber de evitar futuras violaciones a los derechos humanos, y nuestra capacidad de mirar más allá del odio, del resentimiento y la frustración para compartir un mundo más solidario. Con este concepto, Hite busca transformar las concepciones

tradicionales de los memoriales y museos de memoria como espacios únicamente contemplativos, que funcionan como dispositivos aporreados de transmisión de realidades pasadas. Mucho más que eso, y tal como lo plantea en su libro *Política y arte de la conmemoración. Memoriales en América Latina y España*, los memoriales son espacios de reflexión en y para el presente, capaces de gatillar diálogos y conexiones que facilitan una sociedad más democrática.

Hite vincula de manera lúcida el concepto de “perturbación empática” con el de pedagogía crítica. Para la autora, la pedagogía crítica – es decir, la capacidad de analizar y entender la realidad usando las herramientas de la cognición, la emocionalidad y lo afectivo – es tanto un desafío, una responsabilidad, como un resultado de este encuentro con el sitio de memoria, y debe ser potenciado y propiciado constantemente por quienes se encargan de mediar estos sitios.

Además de los profesores o los mismos visitantes, los mediadores por excelencia son los guías. Los guías – entendidos como aquellos agentes que se encargan de interpretar y construir relatos

que sean significativos para el aprendizaje de los visitantes – son quienes, a fin de cuentas, experimentan a diario la perturbación empática de ellos mismos y la de los visitantes, así como también ensayan constantemente una pedagogía crítica que tiende al cuestionamiento de otras situaciones de violencia.

En sitios vinculados a sucesos dolorosos, como memoriales y museos de memoria, los mediadores resultan ser agentes cruciales que se encargan no sólo de vincular a las personas con estos hechos, sino que también tienen la función de elaborar el pasado, los objetos y las narrativas dolorosas que muchas veces avasallan a los visitantes. Uno de los casos que Hite examina es el de los estudiantes universitarios estadounidenses. Con un lente finísimo – fruto de su labor como profesora, como investigadora, y también como madre de dos jóvenes, indaga y explora las reacciones y sensaciones previas y posteriores a las visitas guiadas en las que estos jóvenes participan. En este texto, Hite responde a las preguntas, tan necesarias pero tan pocas veces planteadas, sobre qué significan los silencios verbales, qué reflejan los gestos de incomodidad, qué implicancias tiene

el sentimiento de culpa y vulnerabilidad tanto en los guías como en los visitantes, cuál es el aporte que los estudiantes norteamericanos pueden hacer al contexto chileno (teniendo en cuenta los antecedentes del gobierno norteamericano sobre la represión en Latinoamérica), qué reflexión pueden ellos ofrecer, y qué importancia tienen los guías al momento de vincularse y mediar con este tipo de visitantes.

Todas estas preguntas son examinadas en este texto que, sin duda, ofrece una reflexión única sobre el rol de los guías y mediadores en sitios de memoria chilenos. Su interés surge, claramente, como fruto del salto analítico al cual se refiere, es decir, a esa curiosidad cada vez más palpable en el mundo académico hacia los visitantes, los mediadores, y sus interacciones en y con los símbolos de la memoria. Sabemos que esta curiosidad acompañará a los lectores de este ensayo de Katherine Hite – *Pedagogía crítica, perturbación empática, y la política de los encuentros en los espacios de memoria en Chile* – que esta edición de Signos de la Memoria se complace en presentar.

**Pedagogía crítica,
perturbación empática,
y la política de los
encuentros en los
espacios de memoria
en Chile**

Katherine Hite

He tratado de infundir en mi enseñanza de las Ciencias Sociales una mayor atención sistemática a los estudios de la memoria, así como a las concepciones amplias de lo que constituye la democracia y los derechos humanos. Estoy convencida de que dichos estudios tienen un rol importante como fundamentos de nuestra comprensión de la práctica política, incluida la forma en que comenzamos a lograr apreciaciones mutuas a nivel global, hacia un mayor reconocimiento, solidaridad y un sentido de comunidad. Mi reciente monografía, *Politics and the Art of Commemoration: Memorials to Struggle in Latin America and Spain*, escrita en gran medida para estudiantes universitarios de pregrado, investiga



Katherine Hite /

las relaciones entre el arte, la representación y la política a través de memoriales del pasado violento en España, Argentina, Chile y Perú². En la obra sostengo que los memoriales pueden invitar a muy variados niveles de compromiso, desde la identificación íntimamente privada que puede emanar de las víctimas y sus familias, a la respuesta menos directa, menos intensa, evocativa, contemplativa y tal vez empática que podría catalizar un memorial para una serie de públicos más generales. Las representaciones artísticas del pasado pueden poner al descubierto las distancias ideológicas entre sectores de la sociedad; sin embargo, los memoriales también representan una posibilidad democratizante.

Ahora quisiera enfocarme aún más en los *encuentros* dentro de los espacios de la memoria traumática. Basándome en mis experiencias enseñando y acompañando a estudiantes universitarios a sitios de memoria a través de los últimos años (en la Argentina como en Chile) y a partir de una serie de entrevistas que he realizado a los guías de sitios de memoria chilenos, me pregunto: ¿qué es lo que los guías chilenos como narradores, los estudiantes universitarios como visitantes, y yo

como profesora experimentamos, desde nuestras perspectivas y posiciones distintivas, en los encuentros en y con estos espacios? Considerando lo que ocurre y lo que no, ¿cómo una pedagogía crítica podría facilitar una conversación sobre los muchos significados de los sitios de memoria chilenos para el *aquí* y el *ahora*, en relación con las violaciones a los derechos humanos en curso dentro de nuestras propias fronteras y en términos de la violencia perpetrada por Estados Unidos o en las que este país se ha visto implicado a nivel internacional? ¿Cómo podríamos comenzar a imaginar tal conversación tendiente hacia una conciencia política y la solidaridad?

Quisiera plantear que, trabajando con una pedagogía crítica, los encuentros dentro de los espacios de memoria ofrecen la posibilidad de abrir camino hacia estas conversaciones y este imaginario, y que esto puede ocurrir tras el reconocimiento de la “perturbación empática” (*empathic unsettlement*), incluyendo la forma en que el encuentro con lo traumático perdura y cómo se desplaza, si es que lo hace. En base a los trabajos de Dominick LaCapra, Jill Bennett, Judith Butler, Emmanuel Levinas y otros autores, considero la perturbación

empática como ese terreno tanto cognitivo como emocional que se mueve entre la implicación y la ruptura, en otras palabras, una dinámica entre la transmisión y la recepción de la memoria que nos sacude, nos incomoda, nos frustra, nos perturba, y nos reformula de manera productiva. Se trata de una experiencia que nos mueve hacia un deseo del entendimiento, a la vez que deja en claro que las profundas consecuencias de la represión y la violencia política están más allá de la comprensión total³. En este caso, sostengo que muchos estudiantes universitarios estadounidenses que visitan los principales sitios de memoria en Chile lo hacen en un contexto en el cual están expuestos, tanto en las salas de clase como en los textos que están leyendo, a discusiones teóricas y empíricas de violencia y pérdida relacionadas con el pasado traumático. Generalmente, esto ocurre en un breve, pero intenso período tanto desde su trabajo académico como también en su inmersión social. Este contexto facilita la perturbación empática como proceso.

Además, sugiero que las manifestaciones de la perturbación empática pueden aparecer, en el momento del encuentro con un sitio de memoria,

como silencio. El silencio puede ser incómodo y bastante difícil de interpretar. He detectado una notoria brecha entre la percepción que tienen los guías de estos encuentros, por una parte, y la que tienen los estudiantes estadounidenses, por otra. Los guías perciben el silencio entre los estudiantes como muestra de indolencia, falta de interés o de comprensión. Sin embargo, en muchos estudiantes que he acompañado percibo una perturbación empática – un conjunto de emociones que se centra en la compasión, y en la incertidumbre con respecto a cómo expresarse y a cómo actuar. Son estudiantes que ya conocen algo de la historia chilena, de las violaciones a los derechos humanos, y de la complicidad del Estado norteamericano. Por otro lado, como profesora, me he percatado que facilitar una conversación justo después de la visita guiada a un sitio de memoria no es tan simple como podría parecer. El silencio perdura.

Como potencial mediadora o traductora del encuentro, debo explorar más explícitamente esta desconexión entre los guías como narradores y los estudiantes como visitantes, y elaborar con ellos un diálogo que se extienda más allá del encuentro y que trata sobre sus sentidos de vulnerabilidad

y el significado de los espacios en relación a otras realidades y correlaciones de fuerza. Entre los distintos actores – estudiantes, guías, profesores – existe la posibilidad de elaborar una pedagogía crítica, es decir, un análisis crítico de los procesos políticos, históricos y sociales; la capacidad para considerar, desde distintos lentes disciplinarios, la complejidad de un concepto como el conflicto o la memoria; la aptitud para escuchar, para estar atento y de manera respetuosa apreciar las distintas perspectivas y a la vez discernir lo que subrayan esas miradas en términos políticos, estratégicos, y valóricos; y la imaginación global que trasciende la mera consideración del auto-interés, de lo individual. En fin, la pedagogía crítica consiste en un proceso colectivo de procesar en conjunto los espacios para cuestionarlos, entenderlos y sentirlos como lugares de negociación y creación de una solidaridad global.

La perturbación empática en los sitios de memoria chilenos representa momentos que se deben prolongar y ser más investigados, procesados y debatidos para lograr el reconocimiento y la responsabilidad global. Mi objetivo es explícitamente político. Inspirada en buena parte por las obras

de estudiosos como Judith Butler y Emmanuel Levinas, estoy buscando las formas en que los sitios de la memoria y la memorialización nos conectan, cómo hay algo profundamente compartido acerca del duelo o incluso el sufrimiento – que tal vez puede conectarse con lo mejor de lo que podemos ser como seres humanos en nuestro sufrimiento – , para tratar de llegar (o compadecer) al otro cruzando grandes distancias⁴. En la tradición de Levinas, me refiero a una ética, un sentido de responsabilidad, un encuentro del rostro del otro que reconoce, además, que el rostro del otro es exterior a uno, y que incluso resiste la aprehensión, pero que requiere de una responsabilidad fundamental e integral para uno mismo⁵.

Empatía y pedagogía crítica

Es difícil aseverar cómo responden las personas a los encuentros con narrativas y representaciones de pasados atroces⁶. Hay numerosas publicaciones enriquecedoras desde los estudios de museos, así como un auge de la documentación sobre el “turismo del trauma”⁷. Estos estudios tienden a enfocarse en las representaciones mismas, y a

especular sobre la forma en que diferentes tipos de oyentes o visitantes recibirán las narrativas; cómo se sentirían, qué impresiones podrían permanecer con ellos, qué podría ser traspasado. He tenido que reconocer el importante salto analítico que existe entre experimentar un espacio de memoria, por una parte, e imaginar esa experiencia como algo que podría producir solidaridad en una variedad de públicos, por la otra. El pensar y sentir dentro de un espacio dado no es lo mismo que la empatía. La empatía también puede ser pasajera y, por cierto, no es aval de acciones solidarias.

Los descubrimientos de la neurociencia respecto de las “neuronas espejo” a comienzos de la década de 1990 sugieren la capacidad intrínseca del ser humano para sentir empatía, lo que ha contribuido a revitalizar el estudio de la empatía por parte de varias disciplinas. En este punto, tomo prestado una sencilla conceptualización de empatía elaborada por Jodi Halpern y David Weinstein, quienes estudian los procesos psicosociales que podrían promover un diálogo, e incluso una colaboración fluida y productiva – aunque difícil – entre antiguos enemigos. Según Halpern y Weinstein, “la empatía involucra imaginar y tratar

de comprender la perspectiva de otra persona”⁸. Imaginar detalles de otros y sentir curiosidad por otros seres humanos, argumenta Halpern, es un paso precursor fundamental para contrarrestar la “deshumanización”, el “estereotipar”, “generalizar”, y “tomar distancia”⁹.

Desde las humanidades y la pedagogía crítica, diferentes escuelas de pensamiento han surgido en relación a la importancia de la empatía, con académicos ampliamente divididos. Por un lado, algunos temen que la lucha por una ciudadanía empática también tienda a despolitizar las raíces de la violencia y la necesidad de una acción concertada, mientras que otros, por otro lado, comprenden la empatía como una herramienta de conexión y comunidad”¹⁰. Cuando se entiende principalmente como emoción, la empatía puede ser transitoria, efímera. Sin embargo, si la empatía es conceptualizada como un fenómeno gradual y procesual de afecto y cognición, como un proceso acumulativo que involucra conocimiento, aprendizaje y también emoción, entonces quizás la empatía puede transformarse en un camino hacia una conciencia que influya sobre el juicio y la práctica política.

La pedagogía crítica respalda esta noción de empatía como un proceso que se desenvuelve a través del diseño de un curso, la selección de los textos y su exposición, la escritura de los estudiantes, la discusión. Enfatiza el diálogo y la capacidad para escuchar. Las salas de clases pueden ser espacios donde el conocimiento difícil es expuesto, absorbido y debatido, muchas veces a riesgo de provocar tensión y dolor, aunque también camaradería y comunión de sensibilidades. Los encuentros en espacios de memoria pueden también constituir tales procesos de pensamiento, sentimiento e imaginación, incluidos los intercambios entre personas y proyectos reprimidos por sus regímenes políticos (como en Chile) y aquellos cuyos regímenes se coludieron con la represión y la apoyaron (Estados Unidos).

Está claro que la empatía tiene límites. Podemos muy sinceramente apoyar proyectos políticos determinados, pero no podemos negar los contextos en que dichos proyectos son clausurados, pasados por alto, descartados o virtualmente hechos desaparecer o invisibilizados por gran parte de la sociedad. Quiero asegurarme de no exagerar las experiencias empáticas de nuestro grupo, ni

proyectar tales experiencias a esferas y grupos más amplios. Y no quiero afirmar que los proyectos de memoria chilenos sean incondicionalmente aceptados ni desaprobados por la sociedad. Quiero preguntar, “¿Qué se pide de nosotros?”.

La memorialización chilena, las visitas guiadas, y los guías

En la última década se ha producido una explosión de memoriales, así como de espacios y sitios de memoria recuperados en Chile. En un estudio reciente, Isabel Piper y Evelyn Hevia documentan 242 sitios de ese tipo sólo en Santiago¹¹. Según el relevamiento de protagonistas realizado por Piper y Hevia en una red de 68 sitios de memoria, los sitios más visitados en Santiago son el de Londres 38 (un centro de detención clandestino en el centro de Santiago), el monumento a Salvador Allende (situado en la Plaza de la Constitución, justo afuera del palacio presidencial La Moneda, donde murió Allende), el Parque por la Paz Villa Grimaldi (otro importante centro de detención clandestino) y el Memorial a los Detenidos y Desaparecidos en el Cementerio General de Santiago¹². Sólo en

el año 2011, más de 16.000 personas visitaron Londres 38, sitio que hace resaltar la relación entre los recuerdos de la violencia pasada con la acción política en el aquí y ahora¹³. Por otra parte, los protagonistas nombran varios sitios, incluido el Memorial de Paine (un memorial único en una zona rural justo fuera de Santiago, como se verá a continuación), como uno de los sitios más significativos, aunque no sea el más visitado¹⁴. En conjunto, estos sitios brindan una enorme variedad de proyectos de memoria, y es frecuente que extranjeros – entre ellos grupos de universitarios estadounidenses – visiten varios de estos lugares.

Establecido en Chile en 1996 como uno de los principales sitios de memoria, Villa Grimaldi se ha transformado en un líder en sitios históricos de conciencia tanto en Chile como en el extranjero. Durante los primeros años, ex prisioneros políticos y familiares de víctimas de Villa Grimaldi sirvieron como guías a través del Parque por la Paz. Hoy en día, el staff profesional se encarga principalmente de las visitas guiadas, aunque también se dispone de audioguías.

En Londres 38, cada visita guiada es registrada y grabada como parte de un esfuerzo constante de analizar y refinar los encuentros, lo que demuestra que este espacio está muy interesado en un encuentro dialógico con los visitantes. Desde el comienzo de la visita, los guías preguntan a los visitantes por qué han venido, así como también qué esperan encontrar, experimentar o aprender. Durante la visita, los guías son abiertamente auto-reflexivos, e invitan a los visitantes a que consideren participar en talleres que se llevan a cabo en el sitio. Londres 38 también se esfuerza en relacionar el pasado del país con su presente, tanto en términos de derechos humanos como en el activismo político y la lucha social.

Por su parte, en el año 2010, el Gobierno chileno inauguró el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, un híbrido de espacios tradicionales e interactivos ciertamente distinto de los proyectos de origen popular y más militantes, contribuyendo de manera importante a un imaginario y debate público de una forma inédita en Chile. Hoy el Museo cuenta con más de 10 mil visitantes al mes, en su mayoría escolares chilenos. Siete guías profesionalmente entrenados conducen

semanalmente visitas de grupos con cientos de visitantes a la semana. La demanda de visitas guiadas prácticamente ha sobrepasado al Museo. Las solicitudes provienen principalmente de escolares de enseñanza básica y media, pero también de un amplísimo rango de visitantes públicos, privados, nacionales, e instituciones y organizaciones regionales e internacionales.

Durante los meses de julio y septiembre de 2013 y de julio de 2014, realicé trabajo de campo, principalmente visitas de terreno a sitios de memoria con estudiantes norteamericanos, y entrevisté a catorce guías de sitios de memoria chilenos, incluidos: los siete guías de planta del Museo de la Memoria; cuatro guías que habitualmente hacen visitas guiadas en Villa Grimaldi; y tres que trabajan como guías en Londres 38. El objetivo de las entrevistas fue investigar cómo comprendían su quehacer y cuáles eran sus expectativas, o esperanzas, en relación con sus visitantes.

Aunque cada uno de estos espacios de memoria son bastante distinto¹⁵, me impresionaron dos respuestas que fueron sorprendentemente similares entre todos los guías: primero, todos

aseveraron que la visita guiada más frustrante fue la de los estudiantes norteamericanos. Lo que experimentan es el silencio, un silencio educado, y los guías chilenos coinciden en que les resulta difícil saber qué hacer en esta circunstancia, o cómo interpretarla. Segundo, todos habían llegado a lo que parece ser la firme convicción de que evocar lágrimas, hacer llorar, independientemente de quiénes fueran los visitantes, no era en absoluto lo que querían. Esto, debido a que las lágrimas podrían indicar diferentes cosas, pero que no eran equivalentes a una comprensión. Esto me sorprendió como algo contradictorio: el hecho de que los guías sin excepción no deseaban ver arrebatos ni crisis emocionales, pero que también sentían frustración por no poder ver ni sentir lo que experimentan los estudiantes estadounidenses en términos de afecto o cognición.

A medida que profundizamos este problema durante varias de mis entrevistas individuales, sin embargo, los guías dejaron de manifiesto que su incomodidad con respecto a las lágrimas provenía de una sensación de que ellos mismos eran responsables, incluso culpables, de haber causado tal emoción. A un guía de Villa Grimaldi

le inquietaba que las lágrimas fueran señal de una especie de desamparo que los guías mismos habían contribuido a fomentar¹⁶. En otro sentido, una guía del Museo de la Memoria afirmó: “Está bien llorar, claro, pero cuando el llanto se prolonga y tengo que decir, ‘está bien, tenemos que continuar, se nos termina el tiempo,’ me siento como un ogro. Y a menudo me es difícil contener las lágrimas”¹⁷.

El tiempo que pasé con los guías del Museo de la Memoria, en especial, me hizo apreciar profundamente sus vulnerabilidades, incluida la sensación de pánico que varios de ellos sentían cada vez que estaban a punto de comenzar una visita guiada, sin saber quién conformará el grupo, cuál miembro del grupo cuestionará su guion, ya sea desde la izquierda o la derecha política. Puesto que se trata de un museo oficial, se espera que los guías se mantengan apegados a una narrativa bastante lacónica que detalla las políticas y acciones institucionales de la dictadura, incluidas las violaciones sistemáticas de los derechos humanos durante el periodo entre 1973 y 1990. Todos se refirieron al hecho de que, aunque el guion pudiera percibirse denso e incluso aburrido, también encontraban cierta protección

al ceñirse al libreto y a una narrativa en tercera persona. Sin embargo, todos también expresaron el deseo de escuchar los pensamientos, las preguntas y reflexiones de los grupos a los que guiaban, y el hecho de que los silencios educados de los estudiantes estadounidenses, especialmente, les resultaban terribles. “¿Acaso es porque no hablo inglés como hablante nativo?” me preguntó uno de los guías¹⁸.

Al preguntarles qué les gustaría preguntar a los universitarios norteamericanos que guiaban o qué esperaban de ellos, la mayoría de los guías del Museo respondieron que esperaban que regresaran trayendo consigo otros visitantes. Una guía dijo, “Quiero que se arriesguen a salir, que intenten conocer cómo viven de veras los chilenos, no sólo en [los barrios más acomodados de] Providencia y Las Condes, y que lo que sucedió aquí en Chile sigue muy presente entre nosotros”¹⁹.

Los guías de Villa Grimaldi, Londres 38 y el Museo también compartieron el hecho de que ocasionalmente, al término de la visita, un estudiante estadounidense se les acercaba para pedir disculpas por lo que hizo el gobierno de los

Estados Unidos. Varios de los guías aseveraron que pensaban que era “extraño.” Una guía dijo, “¡Entiendo que no lo hiciste tú!”²⁰. Me parece que hay espacio para fomentar ese tipo de intercambio más allá de la disculpa – las disculpas nos dejan libres de responsabilidad, como diría Levinas – y también, para motivar la exploración del pasado en relación con el presente en formas que podrían ser estimulantes tanto para los narradores como para los oyentes.

La recepción, la perturbación empática, y los estudiantes gringos

Tras los años he visitado y acompañado grupos de alumnos norteamericanos a varios lugares de memoria chilenos – tanto alumnos míos como los de mis colegas que también ofrecen cursos sobre la memoria chilena. Pese a la literatura que abunda sobre el tema, tengo cierta resistencia a clasificarles como “turistas del trauma”. Durante sus encuentros con pasados traumáticos, y de manera paralela, ellos estudian, debaten, comparan y sienten intensamente al encontrarse inmersos en conceptos, imaginaria y testimonios relacionados

al dolor. Y aunque eran claramente turistas en un sentido, los sitios y guías resistían la terminología del turismo, incluidos muchos de los símbolos, de modo que quisiera respetar esa intención.

El 7 de septiembre de 2013, acompañé a Michael Lazzara y sus alumnos a dos sitios de memoria – Nido 20, antiguo centro de detención clandestino de Santiago, y el Memorial de Paine. Lazzara es profesor de literatura comparada en la Universidad de California en Davis, y autor de varios análisis importantes de textos y espacios de memoria chilena. Por muchos años, ha dirigido en Santiago un programa de inmersión de la Universidad de California, el que incluye varias visitas de terreno a sitios de memoria. Ese día de septiembre, diecisiete de nosotros, incluidos catorce estudiantes, Lazzara y nuestras colegas Alice Nelson y Marita Sturken, visitamos Nido 20, y luego viajamos al Memorial de Paine. Al llegar a Nido 20, facilité una breve sesión acerca de las experiencias de ellos como estudiantes norteamericanos en Chile, la que incluyó la manera en que se relacionaron con el pasado dictatorial con las familias chilenas anfitrionas que los hospedaron, cuáles habían sido sus impresiones con respecto a la manera en que

los chilenos han intentado aceptar o no los pasados violentos y qué sensación habían tenido acerca de su “lugar” como estudiantes estadounidenses durante sus estadías de un mes en Chile, incluso sus visitas a sitios de memoria²¹.

Durante nuestra conversación, la mayoría dijo que “sus” familias chilenas no hablaron casi nada del pasado dictatorial, pero que en los pocos casos donde sí, sus padres chilenos adoptivos querían enfatizar la “necesidad” del régimen militar dado el caos, la escasez de varios productos, las colas todos los días, y que era importante entender que la dictadura trajo estabilidad política y una mejor economía. Solamente hubo una estudiante que dijo que su familia chilena era de izquierda. Hubo una disonancia cognitiva y afectiva entre las experiencias sociales que habían tenido donde vivieron, por un lado, y lo que leyeron, discutieron en la sala de clase y experimentaron en los sitios de memoria, por el otro.

Al conversar en torno a sus visitas a los sitios de memoria de manera previa a la visita agendada para aquel día, los estudiantes describieron la emoción que sintieron durante la visita guiada

en Villa Grimaldi. En su mayoría, consideraron que la visita fue conmovedora, y para algunos, abrumadora. Dos estudiantes opinaron que, para su narrador, también, la visita fue conmovedora: algo así como una reconstitución de lo vivido (*reenactment*), y según ellos, un tipo de catarsis. Cuando les pregunté si alguien le había preguntado algo al guía, una estudiante respondió: “¿Quiénes somos nosotros para preguntarle? Lo importante fue escucharle, y a la vez, apoyarle de algún modo”. Otra dijo, “Yo sí quería preguntarle algo, pero uno no sabe qué es apropiado preguntar y qué no, cuándo es ir demasiado más allá de los límites de lo que podría preguntarse. Yo quería preguntar cómo sobrevivió cuando otros no lo lograron, pero realmente no pude preguntar esto”. Una estudiante describió cómo se enfermó en Villa Grimaldi, profundamente afectada por el relato del narrador y el espacio en su conjunto.

Unos días después de su visita a Villa Grimaldi, una estudiante que también había visitado Londres 38 describió cómo ella usó su imaginación para proyectar qué pasó allí. Otro decía que después de la visita a Villa Grimaldi, no era difícil imaginar qué había pasado en Londres

38, y que eso le permitió una mayor interacción con el guía del lugar.

Sus experiencias durante la visita guiada en el Museo de la Memoria fueron más negativas. Se sentían “apurados” por el guía, y dijeron que “la visita de una hora se sentía como de media hora”. No había tiempo para una pausa, para entrar más profundamente en alguna exhibición o reflexionar sobre algún tema dentro del Museo. Varios (la mitad del grupo de estudiantes) volvieron al Museo para conocerlo mejor (lo cual el Museo consideraría un éxito de la visita guiada).

Junto con mis alumnos y otros con los que yo había conversado, los estudiantes de Lazzara confirman cuál puede ser el contenido de los silencios cargados de significado: escuchar atentamente a un narrador. Tal vez uno o dos estudiantes se atrevan a formular una pregunta, pero en general permanecen callados, respetuosos y, en determinados momentos coyunturales, dolidos, hasta enfermos imaginando los horrores. Muchas veces les cuesta entender a la narradora/ el narrador, y sienten una culpabilidad que les perturba y los hace permanecer silenciosos.

La visita consistentemente más llamativa es al Memorial de Paine, un bosque conceptual de madera cortada de diferentes largos para traer a la mente el horizonte de los Andes. El bosque se compone de mil troncos individuales, menos setenta. Los setenta que faltan son aquellos que desaparecieron de Paine o fueron ejecutados. Los mil troncos representan todos los familiares sobrevivientes. En el lugar de cada pino que falta hay un mosaico diseñado por la familia para recordar a determinado ser querido asesinado. Los mosaicos son coloridos y están llenos de distintas imágenes: tractores, sandías, guitarras y pelotas de fútbol. Algunos son más abstractos, con lágrimas o gotas de sangre. Otros son explícitamente políticos, con banderas y colores de partidos políticos y carismáticos militantes.

En términos de la estructura social, hasta mediados del siglo XX Paine era un área rural de grandes haciendas con una sólida aristocracia local. Desde mediados de la década de 1960 hasta 1973, Paine se convirtió en un importante sitio de la Reforma Agraria. El golpe militar significó una represalia mortal, rápida y concertada contra las organizaciones campesinas de Paine y sus

partidarios. De acuerdo con el informe oficial de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1991), en esta localidad murieron y desaparecieron más ciudadanos per cápita que en ningún otro lugar del país.

Artistas financiados por el gobierno chileno trabajaron con las familias de Paine para enseñarles a los familiares a hacer los mosaicos. Las familias se reunieron, inicialmente con bastante escepticismo acerca de sus capacidades artísticas, y juntas dibujaron las imágenes y los paisajes que consideraron que mejor representaban a sus seres queridos. Luego, aprendieron a dar forma a fragmentos de baldosas para formar un mosaico. El proceso representó una especie de elaboración a través de sus recuerdos dolorosos: arte terapia familiar.

Las visitas programadas al Memorial de Paine frecuentemente cuentan con la presencia de los familiares de los detenidos-desaparecidos y ejecutados como narradores del sitio. En mi experiencia, los estudiantes norteamericanos sienten estos encuentros con quienes fueron víctimas directas de la represión como momentos

profundamente conmovedores y memorables. Esto señala la importancia particular de la experiencia humana directa con las atrocidades representadas por y en los sitios de memoria.

Monte-Angel, estudiante de la Universidad de California en Santa Bárbara, es una alumna inteligente, con un alto grado de compromiso y participación, que formó parte de la dirigencia estudiantil de su universidad. Durante la visita al Memorial de Paine fue seleccionada entre sus compañeros para pararse en el podio con Lazzara a su lado, a fin de agradecer a la Agrupación de Detenidos Desaparecidos y Ejecutados de Paine en nombre de su grupo y tratar de describir lo que se siente al estar en Paine. Monte escribió hermosas palabras acerca de su visita en su blog, en el que dejó ver que tal vez se conectó más porque su padre falleció justo antes de que ella naciera, y de manera diferente pero algo análoga a los nietos que habían abogado por los mosaicos y los recuerdos de los abuelos que nunca conocieron, ella no conoció a su padre. Su nombre, Monte-Angel, es la combinación de los nombres de su padre y madre.

Esta identificación, aún latente o remota, y de muchas maneras no comparable, señala una dimensión pensada como fundamental al “éxito” de una recepción empática en la transmisión de una memoria traumática. Los visitantes se identifican con un narrador o un relato a través de alguna característica compartida, pero muchas veces no obvia.

Supe a través de Monte que cuando regresó a la Universidad de California en Santa Bárbara, continuó integrando a su trabajo académico y extracurricular los estudios y experiencias que sintió tan profundamente en Chile, y continuó observando el movimiento estudiantil chileno de cerca y con admiración, preguntándose por qué las protestas estudiantiles en Chile se tornaban violentas y qué debería pensar sobre el tema. De alguna manera, también se hizo relatora estadounidense de lo que estaba pasando con los universitarios chilenos, provocando el debate sobre la falta de un movimiento estudiantil estadounidense parecido a pesar de las condiciones compartidas – la inequidad de acceso, el alto endeudamiento, un sistema educacional repleto de desigualdad estructural e institucional – .

En el registro que hizo Monte-Angel el 8 de septiembre de 2013, después de la gran marcha por los derechos humanos en Santiago que conmemoró la tragedia del golpe militar a 40 años, Monte expresó gratitud e incertidumbre por su presencia en el lugar:

A menudo me pregunto qué estaba haciendo en un evento como este, siendo extranjera. ¿Cuál es mi lugar?... ¿Soy simplemente una voyerista, examinando las vidas de otras personas? ¿O soy un testigo de este momento hermoso, una forma de transmitir la verdad a aquellos que creen que “el 11” es un día de protestas y polarización? Podría ser cualquiera de estas cosas o ninguna de ellas, pero sí conozco la vulnerabilidad que sentí en medio de esa multitud .

A la manera de Judith Butler, diría que esta sensación de vulnerabilidad, literal y figurativa, esta precariedad, brinda la posibilidad de una reformulación, y constituye un rechazo a que las vidas de otros sean menos valiosas que la propia. En nuestros vínculos con los sitios de memoria en Chile, pude observar que la vulnerabilidad es a la vez diferente y compartida entre visitantes (en

este caso, estudiantes estadounidenses) y guías locales: los visitantes se sienten vulnerables en su cohibición, en su reconocimiento del dolor ante la pérdida en Chile, y en la contribución de su propio país a este colapso histórico de la democracia y la atroz violencia subsiguiente. Los guías, por su parte, se sienten vulnerables en sus narraciones de la violencia – se inquietan por la forma en que se leerán sus narrativas de la victimización y por cómo ellos mismos pueden, sin intención, infligir dolor y pena a los visitantes.

Por otra parte, los estudiantes estadounidenses no están igualmente conscientes del alcance y profundidad de la participación de Estados Unidos en la desestabilización del gobierno de Allende y el apoyo temprano a la dictadura durante algunos de los años más oscuros. Después de una visita guiada al Museo de la Memoria que acompañé en el mes de julio de 2014, una estudiante de intercambio de una prestigiosa universidad norteamericana me preguntó con cierta incredulidad si había evidencia concreta de la complicidad de Estados Unidos en la desestabilización de Allende y el subsiguiente apoyo a Augusto Pinochet. Yo la remití a los documentos desclasificados del

gobierno estadounidense. Nuestro intercambio fue un desafío importante a mis suposiciones acerca de por qué nuestros estudiantes podrían guardar silencio.

Hacia una pedagogía crítica

Estando en Santiago el 11 de septiembre 2015, acompañé a un pequeño grupo de estudiantes norteamericanos al Estadio Nacional. Vimos las representaciones y las imágenes y textos en pantallas, y escuchamos los relatos de ex-presos que describieron la tortura durante los meses en que el Estadio fue usado como centro de detención, tortura, y muerte. Al salir del Estadio, les pregunté a los estudiantes qué imágenes se habían quedado con ellos. Dos estudiantes respondieron que las descripciones específicas de los distintos tipos de tortura fueron lo que más les impresionaron, y uno comentaba que estaba preocupado de que hubiese niños escuchando los relatos. Yo respondí, “Sí, las torturas específicas, como el submarino, el ‘*waterboarding*’...”. Mi referencia a una forma de tortura hasta hace poco clandestina y ahora muy conocida por los estadounidenses como

práctica usada habitualmente por las fuerzas de inteligencia norteamericana en Guantánamo, causó un silencio total y tenso entre el grupo. Yo les había perturbado, había creado una relación entre las prácticas de la ex dictadura chilena y el gobierno norteamericano actual, pero a la vez había creado una perturbación sin salida y sin un plan de acción para enfrentarla.

Entonces, ¿qué significa esto en términos de la perturbación empática y la pedagogía crítica? Los sitios sin duda abren este trabajo de memoria en relación con el presente, y luego depende de nosotros procesar e inferir las consecuencias. Quiero imaginar que las noticias e imágenes de los campos de detención de Guantánamo y del actual sistema de prisiones de Estados Unidos evocarán recuerdos del Estadio Nacional, Londres 38, o de la muestra de torturas en el Museo de la Memoria. Y más aún, que podemos comenzar a asociar lo que Pilar Calveiro denominó el proyecto “concentracionista y desaparicionista” con nuestras formas propias de hacer desaparecer y concentrar, en nuestras cárceles o en casa, así como en campamentos más allá de nuestras fronteras nacionales.

Estados Unidos es una sociedad de profunda negación que no obstante vive mucho en el presente las violencias de atrocidades pasadas. Esto se puede rastrear desde las fundaciones genocidas cuyo legado queda muy en evidencia en Pine Ridge, South Dakota, y en las reservas en todo el oeste estadounidense, hasta los legados del avasallamiento y la reproducción de la arquitectura de la esclavitud en la estructura social de hoy en día, junto con el racismo institucionalizado del sistema de prisiones de Estados Unidos. Es obvio que no les corresponde a los guías chilenos desenterrar estas negaciones en los encuentros con personas ajenas provenientes de Estados Unidos y, es más, apoyo fervientemente la noción de Butler de desplazar a ese país del centro para sentir la humanidad en múltiples lugares. No obstante, a medida que imagino lo que significaría concretar un proyecto de duelo compartido orientado a una menor violencia, tal vez hacia un mayor activismo a fin de detener las violencias en nombre nuestro, siento que debe existir un camino para sacar a luz y evocar las comparaciones y las relaciones, tanto aquellas que yacen en la profundidad de nuestras historias como las que están muy presentes aquí y ahora.

En este texto sugiero que lo que experimentan los guías frente a los estudiantes estadounidenses, esta desconexión, es un silencio cargado de significado, es decir, una mezcla de cohibición por la complicidad histórica, por un español imperfecto, por no querer ser hiriente, por lo difícil que puede ser expresar emoción o dolor en cualquier idioma. Se pueden detectar varios tipos de recepción dentro de los espacios de memoria por parte de los estudiantes norteamericanos: primero, un silencio respetuoso que expresa dolor y, de algún modo, la perturbación empática; segundo, un silencio que viene de la duda o la inquietud con respecto a la manera de relatar el espacio; tercero, la incredulidad.

He podido observar y reflexionar sobre estas visitas en relación a lo que espero de mis estudiantes en términos pedagógicos. Quisiera animar conversaciones y análisis perdurables, atención en vincular el pasado con el presente y también las violencias de Chile con violencias transnacionales y de Estados Unidos, para así caminar hacia un compromiso de un imaginario global que se abstiene de la violencia estructural y construye un mundo/mundos en común.

Puesto que en mi vida profesional he ejercido principalmente como profesora de estudiantes estadounidenses entre 18 y 22 años de edad, mi quehacer intelectual se ha enfocado – en un momento político-histórico de gran violencia y precariedad – en tratar de contribuir al pensamiento crítico, conciencia, y sentido de solidaridad de los jóvenes quienes, en este momento, sienten y actúan dentro de la incertidumbre de la violencia mucho más que la generación anterior (violencia relacionada al racismo, la intolerancia, y las ocupaciones de otros países, entre otros). Llamémoslo “la caída de un imperio”, “el que la hace la paga”, o lo que sea, pero estoy rodeada de jóvenes inteligentes, comprometidos, pero también alienados, confundidos, incluso asqueados, preguntando el porqué de la violencia abrumadora, dónde calzan en medio de los legados de desastres, y qué sentido tiene desafiar o luchar por un mundo distinto dado lo avasalladora que es la historia. Dado su estatus de jóvenes estudiantes universitarios, saben que ocupan un espacio privilegiado dentro de un sistema neoliberal de mucha desigualdad y violencia. Sienten las contradicciones de sus vidas vividas en relación a sus perspectivas políticas. Ser testigo de esto

me lleva a estar constantemente pensando en qué es lo que produce la conexión y la posibilidad humana, cuál es la mejor forma de provocar dicha conexión, cómo no sólo se logra al darnos cuenta de las violencias estructurales, sino que también, al involucrarnos en re-imaginar menos violencia, menos desigualdad, menos muerte, y menos sangre en nuestras manos.

Notas

¹ Agradezco mucho los comentarios y la traducción de Ricardo Brodsky y los comentarios de Daniela Jara, Valentina Infante, Vanessa Kaiser, y del Coloquio Conflicto de la Memoria del Proyecto FONDECYT 1140344-COES. Este ensayo es una versión expandida de una versión previa, "Teaching the Politics of Encounter: Empathic Unsettlement and the Outsider within Spaces of Memory in Chile", *Radical History Review* Issue 124 (January 2016), pp. 217-225. Ver también "Empathic Unsettlement and the Outsider Within Argentine Spaces of Memory", *Memory Studies* January 2015; 8 (1), pp. 38-48.

² Katherine Hite, *Politics and the Art of Commemoration: Memorials to Struggle in Latin America and Spain* (London: Routledge, 2012). *Política y arte de la conmemoración: Memoriales de America Latina y España* (Mandrágora Editores y el Museo de la Memoria y Derechos Humanos, 2013), traducción de Jesús Cuéllar Menezo.

³ Jill Bennett, *Empathic Vision: Affect, Trauma, and Contemporary Art* (Stanford: Stanford University Press, 2005); Judith Butler, *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence* (London: Verso Books, 2004); Dominick LaCapra, *Writing History, Writing Trauma* (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press, 2001).

⁴ Butler, *Precarious Life*.

⁵ Emmanuel Levinas, *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 2006), pp. 207-211.

⁶ Véase, por ejemplo, John H. Falk, *Identity and the Museum Visitor Experience* (Walnut Creek, CA: Left Coast Press, 2009); y John H. Falk, Lynn D. Dierking, y Susan Foutz, eds., *In Principle, In Practice: Museums as Learning Institutions* (New York: Altamira Press, 2007).

⁷ Véase Erica Lehrer, Cynthia E. Milton y Minoca Eileen Patterson, eds., *Curating Difficult Knowledge: Violent Pasts in Public Places* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2011); Richard Sharpley y Philip R. Stone, eds., *The Darker Side of Travel: The Theory and Practice of Dark Tourism* (Bristol, UK: Channel View Publications, 2009).

⁸ Jodi Halpern y David Weinstein, "Rehumanizing the Other: Empathy and Reconciliation", *Human Rights Quarterly* 26 (2004): 561-583.

⁹ Jodi Halpern, *From Detached Concern to Empathy: Humanizing Medical Practice* (New York: Oxford University Press, 2001).

¹⁰ Para una buena síntesis de esta tensión dentro de las humanidades, y la idea de la empatía como proceso, véase Ann Jurecic, "Empathy and the Critic", *College English*, Vol. 74, No. 1 (September

2011), pp. 10-27. See also Kristie S. Fleckenstein, "Once Again with Feeling: Empathy in Deliberative Discourse", *JAC*, Vol. 27, No. 3/4 (2007), pp. 701-716.

¹¹ Isabel Piper y Evelyn Hevia, *Espacio y recuerdo: Archipiélago de memorias en Santiago de Chile*. Santiago: Ocho Libros, 2012).

¹² Piper y Hevia, *Espacio y recuerdo*, 40.

¹³ Gloria Ochoa y Carolina Maillard, *La persistencia de la memoria: Londres 38. Un espacio de memorias en construcción* (Santiago: Londres 38, 2011).

¹⁴ Piper y Hevia, *Espacio y recuerdo*, 41.

¹⁵ Para una exploración y comparación importante del Museo de la Memoria y Londres 38, véase: Michael Lazzara, "Dos propuestas a la conmemoración pública: Londres 38 y el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos", *A contracorriente* 3 (2011): 55-90.

¹⁶ Karen Cea, entrevista con la autora, Villa Grimaldi, Santiago, 30 de julio de 2013.

¹⁷ Valentina Infante, entrevista con la autora, Museo de la Memoria, Santiago, 24 de julio de 2014.

¹⁸ Francisco San Martín, entrevista con la autora, Museo de la Memoria, Santiago, 25 de julio de 2014.

¹⁹ Jessica Maripangui, entrevista con la autora, Museo de la Memoria, Santiago, 22 de julio de 2014.

Katerine Hite es licenciada en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Duke, magíster en Asuntos Internacionales y doctora en Ciencias Políticas por la Universidad de Columbia. De 1993 a 1997 se desempeñó como Directora Asociada del Instituto de Estudios Latinoamericanos e Ibéricos de Columbia, donde también dio cursos en estudios latinoamericanos y política comparada. Hoy es Profesora de la Cátedra Frederick Ferris Thompson en Ciencias Políticas de Vassar College en Poughkeepsie, New York. Su trabajo de investigación ha sido apoyado por la Fundación Fulbright, el Social Science Research Council y la Fundación Ford. Es autora de los libros *Política y Arte de la Conmemoración: Memoriales a la lucha política en American Latina y España* (Routledge Press, 2011, cuya versión en español publicó Ediciones Mandrágora, 2013), *When the Romance Ended: Leaders of the Chilean Left, 1968-1998* (Columbia University Press, 2000). Recientemente ha editado con Cath Collins y Alfredo Joignant *Política de la Memoria en Chile: de Pinochet a Bachelet* (Lynne Rienner Publications, 2013, cuya versión en español fue publicada por la Editorial Universidad Diego

Portales/Catalonia, 2013); con Mark Ungar, *Sustaining Human Rights in the Twenty-First Century: Strategies from Latin America* (Johns Hopkins University Press and the Woodrow Wilson Center for International Scholars, 2013); con Paola Cesarini, *Authoritarian Legacies and Democracy in Latin America and Southern Europe* (University of Notre Dame Press, 2004), y es coeditora de *The New Politics of Inequality in Latin America: Rethinking Participation and Representation* (Oxford University Press, 1997). El trabajo reciente de Hite se centra en las políticas y sitios de la memoria, los movimientos sociales y la violencia política, así como también en los problemas de la educación superior, el acceso y la equidad. Entre agosto y diciembre 2015 fue becaria Fulbright en Santiago de Chile, donde dictó un seminario en la Universidad Diego Portales.

Colección Signos de la memoria

- I. TZVETAN TODOROV**, *Los usos de la memoria*
- II. STEVE J. STERN**, *Memorias en construcción*
- III. NANCY NICHOLLS**, *Memoria, arte y derechos humanos: La representación de lo imposible*
- IV. XABIER ETXEBERRIA**, *La construcción de la memoria social: El lugar de las víctimas*
- V. LUIS CAMNITZER**, *Arte y deshonra*
- VI. ALAIN TOURAINE**, *De la primera a la segunda etapa de la democratización de Chile*
- VII. RUBÉN CHABABO**, *Apuntes sobre el heroísmo*
- VIII. RICARDO LAGOS, GRISELDA TESSIO, GASTÓN GÓMEZ**
Diálogos trasandinos I
- IX. RAYMOND CRAIB**, *Martirio, memoria, historia: sobre los subversivos y la expulsión de Casimiro Barrios, 1920*
- X. MICHEL WIEVIORKA**, *La conciencia del tiempo: la memoria*
- XI. AGUSTÍN SQUELLA**, *Derechos Humanos, Democracia y Estado de Derecho*
- XII. GONZALO SANCHÉZ**, *Sobre algunas prácticas culturales de memoria en el contexto colombiano*
- XIII. ANDREAS HUYSEN**, *Medios de la memoria en el arte contemporáneo global*
- XIV. KATERINE HITE**, *Pedagogía crítica, perturbación empática, y la política de los encuentros en los espacios de memoria en Chile*

Créditos

Colección *Signos de la memoria*
MUSEO DE LA MEMORIA Y
LOS DERECHOS HUMANOS

Director de la colección
Francisco Estévez Valencia

Editora
Valentina Infante Batiste

Directora de arte
Paz Moreno Israel

© del texto
Katerine Hite

© de esta edición
Museo de la Memoria y
los Derechos Humanos

Impresión y encuadernación
Gráfica Funny Impresores

ISBN: 978-956-9144-41-7
Registro Propiedad Intelectual N° A-272546

Santiago, diciembre 2016

Museo de la Memoria y los Derechos Humanos
Matucana 501, Santiago, Chile
(562) 2 597 96 00
info@museodelamemoria.cl
www.museodelamemoria.cl

El Museo de la Memoria y los Derechos Humanos cuenta con el financiamiento del Gobierno de Chile a través de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam).

“El espacio del museo es, en ese sentido, un ágora en donde desarmar el debate, en la medida en que alrededor de su planeación se han originado espacios para el diálogo al mismo tiempo que escenarios de controversia. Y es también un escenario propicio para lograr acuerdos mínimos, pues que si el conflicto hace parte de una sociedad democrática, también es cierto que una sociedad democrática no solo vive de conflictos sino también de consensos.

El museo de memoria, el espacio de intercambio sin muros que es el museo, está siendo ocupado por los protagonistas de este debate y se está transformando significativamente en un espacio de la política”.

KATHERINE HITE

ISBN: 978-956-9144-41-7



MUSEO DE **LA MEMORIA** Y LOS **DERECHOS HUMANOS**